

El arrepentimiento como espectáculo

MANUEL MONTERO

Resultaba inevitable, dado el papanatismo ambiental: el héroe de la era postterrorista es el terrorista arrepentido. Las víctimas perderán también en esta época

Algo falla en la memoria de Rekarte, el terrorista arrepentido que ha publicado un libro, promocionado en varios medios con gran éxito de audiencia. En una entrevista televisiva aseguró que «no, no sabría decir el nombre de las personas que maté. Y los he leído mil veces». Se hace raro, porque en su 'autobiografía' los menciona con nombres y apellidos, como de corrido. No les dedica mucho espacio, mucho menos grandes sentimientos, pero cuando la redacción del libro era capaz de citarlos y de decir un par de circunstancias vitales de cada uno. ¿Después llegó el olvido, no sólo de las víctimas sino también del texto escrito?

Sorprendente esta memoria que va y viene. Según confesión propia, «lo terrible de un hecho así [el asesinato] es cuando terminas poniendo nombre y cara a las víctimas». Quizás también lo terrible puede olvidarse. «Seguro que de diez etarras que hayan matado ni uno se sabe el nombre de las víctimas», dice, no se sabe si para señalar que son unos desalmados también a posteriori, o porque la conciencia les impide el recuerdo. Esta desmemoria tiene algo de esperpento.

Asegura que los autores de los atentados «no consiguen dormir tranquilos, se acuerdan de cada persona que han matado», suplicio que por lo que se ve ha superado. Sólo consiguen apartarlo de su mente «con un esfuerzo tremendo que les machaca por otro lado», pero en el libro no se encuentran secuelas del esfuerzo ni del trauma.

Así, nos quedamos sin saber qué significa la víctima para el victimario, y eso que el arrepentimiento es el 'leit motiv' del relato y de las declaraciones promocionales. Sorprende el escasísimo lugar que en esta reflexión ocupan las víctimas, que se dirían la principal carga de conciencia y origen de remordimientos, desazón y ruptura con el pasado.

Tampoco tiene gran desarrollo el dilema moral que parece plantear el libro: «Lo difícil es perdonarse a uno a mismo». La cuestión sólo figura en el título y en la frase final del texto, que llega inopinadamente: sólo con mucha voluntad podrían relacionarse con ella algunas consideraciones. El título sugiere una lucha anímica en la que el terrorista, arrepentido de sus crímenes, busca el perdón de sus víctimas, así como el de la sociedad, hasta que tras ese calvario, al final descubre que lo que más cuesta es perdonarse uno, menos indulgente que los demás. No encontramos nada de esto. No hay introspección que merezca tal nombre, ni búsqueda de perdones ajenos o referencias a las razones que le impedian perdonarse y cómo las superó. En realidad, lo único que parece preocuparle es la tranquilidad que se derivaría del autoperdón, el borrón y cuenta nueva personal. Añoraba vivir sin el peso

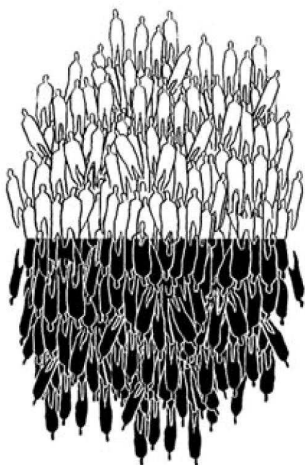
ha conseguido. En este galimatías moral el perdón ajeno no parece contar.

¿De qué perdonarse, según esta puesta en escena? Sólo con mucho esfuerzo se diría que le preocuparon al autor (antes de perdonarse a sí mismo) los asesinatos o la extorsión a la sociedad. Su lamentación central: su vida quedó trastocada por su entrada en ETA, con una larguísima condena y apartamiento de una vida normal. Es la queja más repetida. Su actividad terrorista, presentada como una especie de locura de juventud, le llevó a la cárcel y a desperdiciar su vida por cuestiones que al de unos años entendió erróneas. No está mal para los émulos de terroristas, pero no es una argumentación moral sino trivial. Necesita perdonarse no por los asesinatos ni por el chantaje a la democracia, que ni aparece, sino porque ha echado su vida por la borda, al menos durante los años de cárcel. No por haber hecho daño a los demás sino a sí mismo. El autoperdón es de consumo propio.

El relato de su experiencia vital resulta también desconcertante. De creerle, entró en ETA sin grandes convicciones ni inserción en su entorno social, sino como el juego de un chico alocado influido por malas compañías. Después, «luchó» de forma algo inconsciente hasta acabar en la cárcel. Allí comenzó a odiar (a los españoles, el esquema no es complejo) y llegó a conocer a «la organización», de la que apenas tendría conocimientos antes. Según su versión, a comienzos de los noventa ETA era ya un grupo ansioso por dejarlo. Seguía sólo por el empecinamiento de unos pocos, frente a militantes inconscientes, si se corresponden al perfil del autobiografiado.

La imagen es peculiar y el relato, evanescente, mantiene en todo momento un aire de irrealidad. Lo acentúan algunas consideraciones que introduce el autobiografiador, pues a todas luces no pueden corresponder al protagonista, comparaciones y referencias que no encajan con su mentalidad, preparación o experiencias. No se cita en el libro al 'coautor' del texto, pero queda la incógnita de qué parte del relato está conducido por el deseo del transcriptor de darle consistencia o coherencia a los recuerdos del terrorista arrepentido.

El éxito del libro y su salida al mercado a bombo y platillo contrastan con su escasa enjundia. Es lo que nos espera en los nuevos tiempos: el exhibicionismo moral que convierte al arrepentimiento en espectáculo, una vez que renuncia a la discreción, que convendría al menos para no aumentar el dolor de las víctimas; y la expectación mediática ante cualquier relato de exterroristas, se sostenga o no. Resultaba inevitable, dado el papanatismo ambiental: el héroe de la etapa postterrorista será el terrorista arrepentido. Las víctimas perderán también en esta época. No está la democracia ha-



:: JOSE IBARROLA